

Dos obispos y un periodista

Tribuna ENRIQUE CIMAS
PERIODISTA

Mañana, día 24 de enero, celebramos los periodistas la fiesta de nuestro santo patrón, San Francisco de Sales, obispo de Ginebra -siglos XVI al XVII-, doctor de la Iglesia y, como es sabido, periodista. No un periodista de *cumpro y miento*, sino un escritor de periodicidades inalteradas, de ideas excelsas, informaciones veraces y obligaciones constantes; como correspondía a un eficaz siervo de Dios. Su forma de hacer periodismo tanto intelectual como manualmente, es decir, redacción e idea de una parte, y de otra, confección material y reparto de las «hojas», se llevó a cabo gracias a su ingenio y capacidad de coordinación. Escribía textos, disponía pliegos, atirantaba cordeles, entintaba mazos y cosía cuadernillos que más tarde distribuiría barrio por barrio, casa por casa...

Pero su periodismo más explícito lo ejerció con la palabra dicha. Sin pelos en la lengua, ni rebozos en la oración; con caridad y claridad; con energía y no obstante amable convicción... Con la misma disposición persuasiva que, por ejemplo, desea Benedicto XVI para los periodistas de ahora mismo «(...) Lamentablemente -dice el Papa- en ciertos países, sobre todo occidentales se difunde en ámbitos políticos, así como en los medios de comunicación social, un sentimiento de escasa consideración y a veces de hostilidad, por no decir de menosprecio, hacia la religión; en particular la religión cristiana (...) Es urgente por tanto definir una laicidad positiva, abierta, y que, fundada en una justa

autonomía del orden temporal y del orden espiritual, favorezca una sana colaboración y un espíritu de responsabilidad compartida»... No se puede decir más en menos palabras. En efecto, de algunos periodistas cabe esperar respeto y equidad, a la hora del tratamiento de determinadas informaciones religiosas, en la línea de lo que el Santo Padre llama laicidad positiva.

El obispo Antonio Vilaplana. No fue periodista, pero sí buen amigo del gremio. Lo digo por propia experiencia. Entendía el trabajo de la información impresa o audiovisual como otra catequesis. Como un renovado elemento de propagación de la Palabra por excelencia; para continuar expandiendo el Mandamiento Nuevo.

Tuve la honra, y el privilegio, de estar cerca de él en el trabajo informativo del Sínodo Diocesano (1993/1995) y medí con razonable aproximación sus consideraciones y afectos para con la gente de la Prensa. Ahora, como un homenaje personal y póstumo, traigo a esta memoria a quien, siendo obispo de León y notable orador sagrado -además de persona culta de exquisito trato- supo calar la hondura, dimensión y complejidad de mi oficio «palabrero». Se lo agradezco con un humilde *recordare*. Y no es de extrañar, en un orden general de cosas, la manifestación de emotividad popular en sus exequias, el pasado día 16, presididas por su sucesor en la Silla legionense, don Julián López Martín, y a cuya ceremonia se sumaron varios prelados diocesanos, infinidad de sacerdotes y muchísimos leoneses.

El periodista Antonio Fontán. No será fácil llenar el hueco que este maes-

tro de periodistas nos deja con su definitiva ausencia. Tuvo, no diría yo que obsesión, pero sí una notable propensión para la enseñanza y formación de jóvenes periodistas. Por eso fue el primer director del Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra; mientras que, años después, sentaría cátedra en Madrid; además de la universitaria, la del «Madrid», el periódico que él quiso tanto y que solo la estulticia y la política -con «p» de caja baja- pudieron destruir. Es Antonio Fontán un personaje para la historia del Periodismo español; y para la Política, la Universidad, el Parlamentarismo, la Ciencia clásica -Filolo-

San Francisco de Sales, nuestro patrón, fue, es y será ejemplo permanente para los servidores de la comunicación del mundo entero

gía en particular-, y para el Humanismo cristiano. Lo cual, y referido a esta última faceta, pone de relieve que un católico -y miembro numerario del Opus Dei- puede hacer compatible y armonizable (en su sustancia espiritual e intelectual) una entidad poliédrica para los campos social, de la comunicación, académico y político. Y coherente con la disciplina y el rigor ético de un superdotado del conocimiento.

¿Qué personalidad «dominó» en Antonio Fontán?... Pienso que acaso lo periodístico y lo político se subieran a los primeros puestos de su escala de valo-

res y compromisos humanos. Sin dejar de tener en cuenta que todo, absolutamente todo quedaba impregnado por su condición de hijo de Dios y servidor del prójimo. Periodista, catedrático, senador y presidente del primer Senado democrático; fiel consejero del aspirante al Trono en el exilio, ejerció (original malabarismo en los usos democráticos) de leal servidor del Rey Juan Carlos; además de presidente de partidos liberales y opositor decidido al régimen y, simultáneamente, especialista en saberes latinos sobre el mundo de los Lucano, Plinio, Séneca o San Agustín ...

Muy a propósito viene la cita de un colega (Carlos Colón, «Diario de Sevilla»), en su alusión a Fontán y sus llamativas facetas (...) «Creo que le resultaría difícil a algún joven desinformado -señala- entender que se puede ser, a la vez, del Opus, liberal, demócrata y director de un periódico perseguido por el franquismo (...) Que muchos jóvenes no lo puedan concebir, y que incluso haya quienes pretenden que nunca llegarán a comprenderlo, es uno de los problemas de nuestro país. Porque entonces les resultará imposible entender la historia de España, valorar ese gigantesco esfuerzo de ingeniería política que fue la Transición, y por ello, pensar el presente y afrontar el futuro con realismo crítico»...

Y yo por mi parte reafirmo que, sin duda de ningún género, nuestro patrón, san Francisco de Sales fue, es y será ejemplo permanente para los servidores de la Comunicación del mundo entero. A pesar de que muchos de ellos aparquen la imborrable referencia del Patrón.